

YO ESTUVE CUATRO HORAS EN EL FONDO DE LA MINA

**ASTURIAS ES
UNA REGION
QUE JAMAS
HA CONOCIDO
LA MISERIA**

**HASTA EL POLVO DEL SUELO
PUEDE CONVERTIRSE EN ORO**



De izquierda a derecha: el ingeniero Antonio Retana, el capataz Fernández y el periodista Gómez Santos, autor de esta crónica

CUANDO yo era chico oí contar que durante la guerra del catorce los mineros invadían en la capital de Asturias los salones de un café-concierto y pedían champán para lavarse las manos. Al parecer ganaban el dinero en cantidades fabulosas y no les importaba encender el veguero con un billete «de los grandes», lo que hacía a los parroquianos del café poner la boca en forma de o y hasta dejar caer la cucharilla.

Un viejo comerciante de paños me contó hace ya mucho tiempo

que los días de pago de jornales en la mina llegaba a Oviedo el ferrocarril de Langreo embutido de mineros, los cuales traían colgadas de la cintura unas bolsitas de tela repletas de monedas de plata. Según parece —lo oí contar después a otras personas— el obrero de la mina no era un comprador pelmazo ni mucho menos. Se acercaba al mostrador, ponía la saquita de las monedas sobre él, y pedía un traje, no del mejor paño, como podría hacer, sino que «de lo más caro». Porque pa-

ra él constituía un orgullo poder mostrar en la taberna una factura donde estuvieran expresadas cantidades grandes, escandalosas, sobre el clásico «recibí».

También los mineros compraban boinas, pero boinas en abundancia, como para formar colección de clases, tamaños y precios diferentes.

En la capital de Asturias corría el dinero alegremente y hasta la ciudad levítica que iba desde la catedral al convento de monjas y desde éste a la capilla del Cristo de las Cadenas, comió el pecado de abrir unas puertas verdes bajo el rótulo grande, atrevido, donde se anunciaba el primer cabaret de la ciudad.

Pero, así y todo, la plata de los mineros, a pesar de ser pródiga, no era la primera plata que sonaba en Asturias. Ya los viejos labradores muchos años antes formaban en el corro de la danza con sus trajes típicos de calzón corto que llevaban por botones monedas de plata... y hasta de oro.

Asturias no se deslumbra. Es una región que no ha conocido jamás la miseria. En sus caminos y en sus puertas no se ha sentado ni ha llamado jamás un mendigo, porque hasta el polvo de su suelo, que es carbón, puede convertirse en billetes del Banco de España. El asturiano es tan espléndido que hasta para echar sidra en el vaso deja que se derrame en el suelo.

DE LA MONTERA A LA BOINA

Entre corros de moncañas, bien en sus faldas o en sus crestas, la



Con el martillo de aire comprimido, este minero arranca el carbón de las entrañas de la tierra



Cabeceando una mamposta. El picador empuña el hacha y sitúa el poste en el tajo. Ya está la subregua

mina se hace notar por su aparato inconfundible de andamiaje metálico llamado «castillete», que es donde va colocada la polea que mueve el ascensor o jaula a través del pozo.

Se hace notar la mina por el «castillete» y por sus escombros de tierra y pizarra que dan sombra al caserío como montañas artificiales de decorado teatral. Por eso y por una teoría de tejados negros, extendidos por la geografía astur, refugiados entre sus arrugas con la tenacidad de parásitos.

En las cuencas mineras el cielo plomizo, bajo, nuboso, da al lienzo ambiental un matiz de grises, de tristeza muda y perenne, como si la luz estuviese apagándose siempre, en una agonia de fin del mundo. Y sobre esa angustia de niebla y llovizna constantes, la rueda de la vagoneta minera, cargada de hulla, pasa chillando desacompañadamente como un can indeseado a quien le van pisando el rabo.

El pueblo minero está partido generalmente en dos zonas. Lo parte el ferrocarril que trae la madera para la entibación y lleva el producto de las explotaciones, el ferrocarril que enlaza con el mundo de las camisas blancas y de las playas donde las piedras son rubias como doblones.

La negrura de los pozos mineros cierne sobre el césped verde un denso repertorio de sombras, una legión de fantasmas. Y por eso las flores, las plantas, los ojos de las mujeres y los rostros de los hombres están de luto.

Hace muchos años estos pueblos que hoy son mineros vivían en unos escenarios de verdura fresca, viendo crecer sus campos de maíz en el espejo del río Nalón. Un día unos hombres «sedientos de riqueza» cayeron sobre aquella tierra y, abriendo su epidermis de verdin, escarbando en sus entrañas, encontraron el oro negro de la hulla. Los mil diablos del ferrocarril minero, entraron, entonces, por los tranquilos campos y la paz de la vida campesina quedó interrumpida para siempre.

Publíese el cielo con el humo del nuevo mineral y el río Nalón, que bajaba claro, con manchas rojizas de cientos de piezas de salmón que vivían en sus aguas, empezó a correr negro como un alma en pena. Y pasó aun más. Los labradores que trabajaban en sus tierras de arriendo dejaron los aperos de labranza y corrieron, monte abajo o monte arriba, para incorporarse a los trabajos de explotación de las minas. Fué así como se desterró de Asturias la montera piconca, la clásica montera de la Arcadia feliz. Fué así como imperó la boina, que ya debía dominar también en las cuencas mineras de Vizcaya.

HAY QUE BAJAR A LA MINA

Los señores ingenieros de la Sociedad Minero-Metalúrgica «Duro Felguera» son personas admirables, que desde el primer momento nos brindaron toda clase de facilidades para que pudiéramos conocer lo que nos proponíamos referente a la mina.

Llegamos a La Felguera y los teléfonos interiores de dicha So-

ciudad empezaron a sonar dando órdenes, informándonos de horarios y haciendo toda clase de preparativos para que las facilidades del cronista fuesen completas.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, nos esperaba en el puente de Sama de Langreo el joven ingeniero don Enrique Moreno que, muy amable, nos dijo que por allí iba a pasar, para recogerlos, una locomotora de la Sociedad. El «Pozo María Luisa» está a cuatro kilómetros de Sama, en el pueblito minero llamado Cíaño Santa Ana.

La locomotora traía unos vagones o jardineras bastante aceptables y en unos minutos, después de correr a orillas del Nalón, llegamos a las oficinas del «Pozo María Luisa».

Don Antonio Retana, otro ingeniero joven, fornido como buen vasco, estaba estudiando en sus libros con gráficos complicados, cuando entramos en su despacho. Al saber nuestro propósito, extendió la mano y con el dedo índice nos señaló el cuarto de baño. Allí había ropa apropiada; nos cambiamos y pusimos en condiciones de bajar al pozo.

Nuestra indumentaria de faena consistía en una camisa azul, un buzo, unas botas fuertes, unos calcetines gruesos de lana, que había que sacar por encima de los pantalones, y la boina, además del casco en forma de adacof, que nos protegería de las piedras y de los golpes en nuestro descenso al «Pozo de María Luisa».

Cuando salí al despacho con mi nueva indumentaria empecé a cavilar, como si despertara de un estado inconsciente, como si fuera a emprender una aventura fantástica a la luna. Era como una broma pesada tomada en serio; pero ya no había modo de volverse atrás, porque todo se había preparado de un modo formal y no era cosa de quedar como un mozo de cuerda.

Animo y adelante. Sin mirar atrás, sin ponerse pálido para no quedar en ridículo, sin acordarse de nuestro cafetín de la ciudad, ni de nuestro teatro del Campoamor, ni de nuestra calle limpia con guardias de circulación y paso flamante de peatones.

El ingeniero, el joven Retana, que estaba ya preparado como yo, me hizo seña para salir a la calle. Cuando bajábamos las escaleras de la oficina me dijo, como quien deja caer una moneda de cinco céntimos en la acera:

—¿Qué tal de ánimo?

—¡Pchs, se hace lo que se puede...!—le contesté yo, sin hacerme demasiado el valiente, por si acaso...

«JAULA VACIA!»

—Don Angel Fernández, capataz del «Pozo María Luisa», que va a acompañarnos; el señor Gómez-Santos, que va a bajar al pozo para escribir una crónica.

—Mucho gusto.

—¡Eh, jaula vacía!—gritó el capataz.

A mí aquello de «jaula vacía» me sonaba a orden de ejecución, a grito de guerra. Imaginaba la jaula como una camilla de ruedas que conduce al quirófano. «¡Jaula vacía!», «¡jaula vacía!... Esta frase me estallaba en la cabeza igual que un trueno.

—¿Quiere hacer el favor?... ¿Quiere hacer el favor?... La lámpara, coja usted la lámpara...—dijo el capataz entrando en la jaula, que ya había subido, y dentro de la cual nos aguardaba el ingeniero Retana.

UN POZO QUE SE LLAMA MARÍA LUISA

El «Pozo María Luisa», de la Sociedad Minero-Metalúrgica «Duro Felguera», está encavado, ya lo dijimos, a cuatro kilómetros de Sama de Langreo, tiene 221 metros de profundidad, con tres plantas y dos más, intermedias, que comunican con las anteriores por medio de pozos balanzas.

Baja la jaula. Vamos tres, sólo los tres: el ingeniero, el capataz y el cronista. Ya no hay luz ni cielo, aunque sea débil la luz y gris el cielo. Ya no hay cielo...

Hemos entrado ya en el país donde siempre es noche, donde nunca amanece; este país secreto con algo de océano traidor que se lleva a los hombres, tragándoselos, esperándoles en un recodo para robarles la vida.

La lámpara alumbra nuestros pasos. Va delante el capataz, luego el ingeniero. Caminamos bajo una bóveda de cemento, semejante a un túnel de ferrocarril, donde también hay raíles. Sobre ellos corren las vagonetas tiradas por mulas. Nosotros nos perfilamos para poder seguir adelante. Pasamos pegados al túnel, entre las vagonetas, junto a la mula rebelde que da coces en el hierro coces metálicas como truenos que se propagan allá en el fondo, con el eco, como la voz dominante de un monstruo. Y seguimos caminando. Y llegamos ya con las botas mojadas, cargadas de fango, al lugar donde empieza la entibación.

El capataz me advierte:

—Cuidado con las trabancas; baje la cabeza.

—¿Qué son las trabancas?

—Las maderas que sostienen el techo de la galería.

Seguimos caminando. Ahora empiezo a sentir verdaderamente los latidos del gran corazón de la mina. Son latidos de un corazón de fiera sentimental. Se la teme y se la quiere a un tiempo. Ellos, los mineros, saben que les está acechando siempre y sin embargo no pueden ir contra ella porque la tienen querencia.

Aquí dentro huele a bosque, a pinas húmedas, como si nos sorprendiera una tormenta en plena excursión. La madera de las entibaciones, mojada por el sudor negro de este gran monstruo de la mina, esparce por el ambiente su perfume.

Seguimos caminando por la galería: aquí bajamos las cabezas, allí saltamos un barranco, más allá nos arrimamos a la pared para dejar paso a una mula que tira de una hilera de vagonetas. A mí se me figura que tenemos algo de soldados preparando la emboscada, pues vamos agachados, sosteniendo la lámpara, y por añadidura, llevamos el buzo azul, el casco, las botas...

—¡Eh!, cuidado aquí; bajen la cabeza; ruido de vagonetas... ¡hay paso, Ramón?

—Sí, señor; están para arriba.

Mil cien mineros trabajan aquí,

pegados a las entrañas de la tierra como parásitos; mil treinta toneladas de carbón sacan cada día. Son mil cien mineros; mil cien titanes que sueñan mientras sudan; que cantan mientras tienen la vida empeñada. Cada mañana, al coger la lámpara, dejan la vida colgada de un clavo, en el guardarropía de la bocamina. Alguna vez se la llevan cambiada; alguna vez alguien extravía su vida; alguien la pierde mientras sueña o mientras canta. Y los que la encuentran colgada del mismo clavo, salen a la luz del día poniéndosela con los forros hacia fuera.

BAJANDO POR UN POZO BALANZA

Estamos en la segunda planta del pozo. El ingeniero nos señala en la pared un boquete por donde, al parecer, tenemos que escurrirnos. Se trata de un transversal que baja, cortando los extractos, con una inclinación de 35° y una potencia de carbón de 90 centímetros. Tratamos de llegar al carbonero «La Agapita» y es necesario estirar bien las piernas y echar atrás la cabeza. Ha entrado primero el capataz; yo le sigo. Cierra la expedición el ingeniero.

Ahora veo bien el interior, a pesar de que lleva mi lámpara el capataz para que yo tenga libres las manos. Quise, como ellos, colgar la lámpara del cuello, pero no soporté su peso sobre el pecho. Fué quizá sugestión, porque al colgarla se me figuraba que me habían atado al cuello la soga a cuyo otro extremo estaba atada la piedra que me hundiría en las aguas del océano. Era, pues, una angustia soportar el peso de la lámpara sobre el pecho. Y me liberé de ella.

Este taller de explotación transversal está entibado como una galería. Por algunos sitios las trabancas están a la altura de nuestras cabezas. La sensación es exactamente la misma que si nos hubiesen enterrado en vida. A veces, además de las trabancas, tenemos que pasar bajo el tendido que conduce el aire comprimido para el funcionamiento de los martillos.

Son, al parecer, cincuenta metros verticales; sesenta y cinco o setenta en transversal para llegar a la tercera planta. Hay sitios por donde parece imposible poder pasar; pero por este procedimiento de tobogán de feria, encasillados en una especie de canaleta de cinc, nos dejamos resbalar, llevando el carbón por delante, abriéndonos así el paso como máquinas exploradoras.

Este taller de explotación tiene dos secciones: una es el tajo propiamente dicho y otra es donde se va apretando la tierra que sale con el carbón. A medida que se va deshullando, fortifícase el taller con la tierra para evitar desprendimientos. Los obreros están pegados al tajo y los martillos funcionan casi verticalmente, siguiendo la veta del carbón. Deben ser muchos los que trabajan en este taller; no se les distingue; se funden sus ropas negras en las sombras. Sólo de vez en



De entre la niebla, como una visión fantasmal, surge este grupo de mineros, que se dirige al tajo



Antes de barrenar, estos obreros preparan la madera que se ha de consumir en la faena de entibar

cuando unos ojos flotan en la oscuridad como espíandonos.

UN MINERO POETA

A 211 metros de profundidad, en la tercera y última planta del pozo, sabemos que hay un minero poeta y queremos verle. Caminamos por la galería: filtraciones de agua, grandes charcas, barrancos, cruces de vías, lámparas colgadas en las esquinas, olor a cuadra de caballo...

El capataz grita a un mozo que va subido en una vagoneta: —Oye, Rufino, ¿está el poeta en el tajo?

—Sí, entró a las siete.

Manuel Fernández es un hombre de unos treinta años. Ha dejado de trabajar, amablemente, para contestar a nuestras preguntas.

—¿Dónde escribe usted?

—En «La Voz de Asturias»; hago las reseñas de deportes y firmo «Manfer». En el periódico no me pagan nada; sólo publico por afición.

—Y las poesías, ¿dónde aparecen?

—En los porfolios de fiestas de Sama, La Felguera, Noñera y donde me las pidan. Ahora publiqué dos libros.

—¿De cuántos ejemplares consta cada edición?

—De mil.

—¿Y los vendió todos?

—Sí, todos. A la salida de la

mina, los días de pago, «los coloqué» todos. Yo había dedicado un poema al barrenista, otro al rampero, otro al trenista... y de esta forma todos estaban interesados por mis libros. Vendí también muchos en el hospital de la Sociedad a los compañeros accidentados.

—Pues es usted el único poeta de España que agota las ediciones de sus libros sin publicidad, sin intrigar en las peñas literarias... y además sin regalar ejemplares a los amigos para que publiquen un «bombo» con fotografía.

—Yo no tengo tiempo para eso; además no tengo amigos que escriban. En hacer versos y en venderlos empleo todo el tiempo de que dispongo.

—¿Si le parece poco...!

¡CIELO, SOL...!

¡Cielo y sol...! Por fin abandonamos el país de allá abajo y respiramos como liberados de un extraño peligro.

Entregamos la lámpara, que es como entregar las llaves del reino de la mina, reino iluminado, se, como una gran corteza de árbol carcomido, donde trajinan cientos de hormigas. Así me imagino yo la mina ahora que estoy arriba, al aire y al sol... un sitio más poético que trágico, más sentimental que macabro.